

## BIBLIOGRAFIA

ANTONIO TOVAR. *The Ancient Languages of Spain and Portugal. Language and Culture, Studies* edited by Emilio Peruzzi. New York, S. F. Vanni, 1961.

La persona y la obra de don Antonio Tovar —copiosa, variada y siempre penetrante— son demasiado conocidas entre nosotros para que haga falta una presentación. En sus trabajos de filólogo en el más amplio sentido de la palabra, sin embargo, son sin duda los estudios lingüísticos los que ocupan el primer lugar y, dentro de éstos, no será osado afirmar que los dedicados a las lenguas hispánicas antiguas, en conjunto y en cada una de sus partes, han sido siempre los que le han merecido particular cariño.

Su obra en este campo no es sólo, con ser mucho, la de un investigador sobresaliente, afortunado y fecundo: recuérdense, entre otros, los trabajos reunidos en sus **Estudios sobre las primitivas lenguas hispánicas**, Buenos Aires 1949. Se ha esforzado además en poner en las manos de todos elementos de trabajo como el siempre consultado "Léxico de las inscripciones ibéricas" y, sobre todo, ha trabajado incansablemente con el fin de divulgar en el mundo estudioso la noticia de esas lenguas y de ampliar el interés por ellas.

Ahora, al lado de sus valiosísimas contribuciones al primer tomo de **Enciclopedia lingüística hispánica** (Madrid, 1960), a las que aludí de pasada en el fascículo anterior de esta revista, publica en inglés el libro que comento donde, más libre de limitaciones de espacio, puede tratar las diferentes cuestiones implicadas con el detalle que merecen, sin suponer conocidos datos que sólo son familiares a un reducido círculo de gentes. Confiamos fundadamente en que no quedarán defraudados los deseos que expresa en el prólogo: "Al publicarlo en América, esperamos despertar el interés por estos estudios en círculos más amplios de lingüistas, epigrafistas e historiadores, a fin de que la posición de la Hispania primitiva en el escenario universal se aclare al ser considerada desde diferentes puntos de vista".

Quien conozca a Tovar y recuerde el significativo título, "Linguistics and Prehistory", de su contribución a **Linguistics Today** (= **Word** 10, 333 ss.) no se extrañará de ver que el libro está muy lejos de ser una seca discusión de datos estrictamente lingüísticos. El autor, que concede una atención primordial a la epigrafía, base indispensable aquí de cualquier consideración lingüística, tiene presentes en todo momento los hechos arqueológicos e históricos, con lo que el lector encuentra encuadrados los textos, escasos y oscuros, en un marco amplio.

Una introducción (pp. 3-35) nos ofrece un esbozo sucinto y claro de los orígenes y progreso de la escritura en general y de las escrituras hispánicas; contiene además una breve reseña de la historia, no siempre gloriosa, del desciframiento de éstas. El capítulo siguiente (pp. 36-49) está dedicado a las inscripciones del sudoeste de la Península, herméticas entre las herméticas. Su sistema de escritura es, según Tovar, casi completamente alfabético y lo que deja traslucir del lenguaje, algo muy distinto del ibérico de la Andalucía oriental y de la costa de Levante. El autor preferiría reservar para este sistema de escritura y para la lengua que esconde mejor que revela el nombre de tartésico, dado antes a la escritura del este de Andalucía y regiones vecinas, variante —al parecer más antigua— de la propiamente ibérica. Que los textos escritos en esta escritura meridional son extremadamente afines por la lengua a los ibéricos lo ha demostrado Tovar, como puede verse también aquí, de una manera definitiva.

Como la cuestión de la escritura del sudoeste no volverá a ser tocada, ya que no soy capaz de formarme un juicio propio, habrá que mencionar que R. Lafon ha tomado firme posición en contra de su carácter alfabético en una comunicación al IX Congreso Internacional de Lingüística Románica (*Actes I*, Lisboa 1961, 29 ss.).

El cap. 3, "Las inscripciones ibéricas y su lenguaje" (pp. 50-75), es en cierto modo central, porque el autor no se limita a resumir hechos conocidos, sino que, con el resultado de sus últimas investigaciones, hace adelantar nuestros conocimientos en algunos puntos de gran importancia.

Sigue, en dos capítulos, la síntesis de lo que se sabe sobre las lenguas indoeuropeas de la Península —celtibérico y "occidental"—, síntesis que Tovar fue el primero en realizar y que desde entonces no ha dejado de ampliar y retocar. Y, finalmente, dos capítulos tratan, a modo de apéndices, de la onomástica prerromana y de la lengua vasca.

Creo que es más o menos conocido el estado actual de nuestros conocimientos de esas lenguas, estado que Tovar se cuida mucho de subrayar en todo momento. En cuanto a las lenguas indoeuropeas, muy en especial el celtibérico, sabemos algo más, gracias a razones en cierto modo externas, es decir comparativas: conocida su adscripción a una familia lingüística bien determinada en su conjunto, y más precisamente al grupo occidental de esa familia, se reconocen por ello mismo ciertos rasgos de su estructura e incluso elementos formales concretos. Este apoyo exterior falta por el contrario para el ibérico, una vez que ha quedado demostrado en la práctica que la comparación con el vasco no es tan fructífera como muchos habían esperado.

La discusión sigue, pues, abierta sobre muchos, demasiados, puntos y por ello quiero ahora examinar con algún detalle varios problemas. En lo que sigue me remitiré alguna vez, por sencillez, al texto español de **EIL**. Por comodidad tipográfica, utilizó **S** y **R** para los signos epicóricos que se suelen transcribir por **s** y **r** más algún rasgo diacrítico y por **Y**, simple reproducción, la "nasal" de valor mal precisado.

Por lo que hace a los sonidos, tengo que mencionar también el artículo del autor en **Miscelánea homenaje a André Martinet III**, tan valioso entre otros aspectos por el estudio de los grupos de consonantes y de la distribución de **r** y **R** en ibérico, cuya consulta directa seguirá siendo inevitable a pesar de la aparición de este libro.

Tovar no está convencido de que la distinción de dos sibilantes en la escritura correspondiera en la pronunciación ibérica a la distinción de dos fonemas. Cito sus palabras en **Misc. Marinet**: "No creemos que indiquen sonidos fonológicamente distintos, como no lo indican en griego la sigma y la san, donde la xi ha pasado a representar una consonante doble que no existe en fenicio; también en etrusco las dos sibilantes fenicias (prescindiendo de la xi) han sido adaptadas con valor equivalente, y la graffa prefirió indistintamente una u otra para la misma palabra". Mi opinión, que ya he indicado en otros lugares, es diferente y voy a resumirla con la mayor brevedad posible.

Una lengua al apropiarse el sistema de escritura de otra, puede encontrarse con falta o sobre de signos en un determinado sector de su sistema fonológico; también puede ocurrir que no suceda ni una cosa ni otra. Si la dualidad de sigma y san no respondía a nada real en griego, esto no quiere decir que lo mismo tenga que suceder por necesidad en otra lengua, en nuestro caso en ibérico. Ninguna consideración **a priori** dará luz sobre la realidad subyacente a la escritura: sólo el estudio interno, el examen de la distribución de los signos en cada caso, permitirá llegar a conclusiones seguras.

Personalmente creo, con Tovar si no estoy equivocado, que la distinción de **s** y **S** es puramente gráfica en celtibérico, como ocurría también, según parece, en venético (M. S. Beeler, **The Venetic Language**, 9). El principal representante de la tesis contraria, no sin reservas, es M. Lejeune, **Celtiberica**, 46 ss. La distribución normal **-oS** / **-es** en leyendas monetales, tratándose en ambos casos como se admite de nominativos de pl. en final de palabra aislada, es a mi entender decisiva. Y el caso de **arecoraticuboS** / **ticersebos** del bronce de Luzaga, citado por Lafon, **BSL** 52, 140, en apoyo de la distinción, es evidentemente un testimonio contrario. ¿Por qué habían de distinguir dos casos de un mismo suf. de dat. pl. (cf. lat. **-bus**, osco **-fs**, ven. **-bos**, mes. **-bas**, galo **-bo**)? Dudo mucho de que los celtiberos se cuidaran de matizar en la escritura finas variaciones producidas en **sandhi**.

En ibérico, por el contrario, la regularidad que se observa en la distribución de ambos signos, y esto no sólo dentro de cada sistema de escritura, parece garantizar la existencia de una oposición fonológica: otra cosa es la naturaleza de ésta, que por ahora no está precisada. El hecho mismo de que las correspondencias entre la escritura ibérica y la griega sean cruzadas más bien aumenta el peso de la coincidencia, aunque esto sea puramente subjetivo. Pienso que lo dicho quedó bien establecido en un trabajo de don Pío Beltrán y en otro mío, independiente, para los cuales remito a las reseñas de Lafon, **BSL** 52, 136 ss.

En cuanto a las nasales, diría que los celtiberos, tributarios siempre de un sistema empleado primero para notar otra lengua, se encontraron con un exceso de signos disponibles (**m**, existente aunque poco frecuente en ibérico, **n** e **Y**) para sus dos nasales /**m**/ y /**n**/, las únicas que se esperan encontrar como fonemas en una lengua i.-e. occidental de esa época, y tendieron, como estableció Lejeune si no me equivoco, a emplear sólo dos de ellos, aunque la elección no fuera igual en todas partes. Resulta poco probable que la lenición se manifieste gráficamente en esos textos, porque, si por un proceso de variación alternaban entre sí consonantes sujetas o no a la lenición, es difícil que fueran otra cosa que

variantes contextuales de los mismos fonemas. ¿Para qué preocuparse, pues, de consignar diferencias subfonemáticas?

Incidentalmente, si se admite que los celtíberos usaban por lo común tan sólo dos signos en cada caso para representar sus dos fonemas nasales, hipótesis que creo la más económica de todas, no tienen mayor valor probativo muchos de los ejemplos que se citan en apoyo de la lenición en textos celtibéricos. Queda **YoaYticun** "Numantinorum" donde, aunque se suponga una disimilación de nasalidad (cf. gót. **himins** "cielo", pero anglosaj. **heofan**) el resultado no es una oclusiva. Y, a propósito de esto, la identificación **YbaR-** = **VMAR-**, crucial para fijar el valor del signo ibérico **Y** (los ejemplos celtibéricos, según creo, tienen mucha menor importancia por tratarse de prácticas secundarias y derivadas de lo ibérico), se encuentra ya en **Misc. Martinet** I, 155, y antes todavía en **Pirineos** 10 (1954), 453, nota 51.

Es sumamente sugestiva, y muy verosíblemente exacta, la traducción que se propone (p. 65 s.) para el frecuente **-Yi** en estelas sepulcrales y sobre vasos, etc.: "yo" (¿alguna vez "mi"?). El autor no cita más que un paralelo exterior, pero habría podido mencionar muchos de Grecia e Italia desde el siglo VII a C. Es curioso que el pronombre personal de 1.<sup>a</sup> persona apareciera regularmente en los sepulcros cristianos de Vizcaya, mucho después: + **ego Lehoari** (leído **Lehdari** por Gómez-Moreno) et **Maria** o, en los últimos descubiertos en Izurza, **In Dei nomine ego Legoar**. Otro arcaísmo en zona de habla vasca, que no me atrevo a llamar supervivencia, es la división silábica marcada con puntos en el epigrafe de Lerga (Navarra), publicado por A. Marcos Pous, **Príncipe de Viana** 21 (1960), 319 ss.

Que ib. **-Yi** tenga que ver con vasc. **ni** "yo", posibilidad que el autor se limita prudentemente a apuntar, es ya más dudoso; el bereber queda todavía más alejado. En general, me siento menos inclinado que el autor a creer en relaciones estrechas del ibérico con el norte de África: ¿no se podría ver en la naturalidad con que suelen aceptarse una última consecuencia del "prejuicio que presenta a España como un país no europeo" (p. 77)? Muy escéptico se muestra a este respecto U. Schmoll, **Die Sprachen der vorkelt. Indogermanen Hispaniens und das Keltiberische**, p. 5. En un punto evidente aun en una lengua tan rudimentariamente conocida, el ibérico es claramente "vascoide", y se trata de un punto que afecta profundamente a la morfología. En semítico, dice muy bien Tovar (p. 4), "una estructura consonántica estable se combina con vocales de movilidad máxima (y también con su ausencia)", descripción que no deja de tener plena aplicación al bereber, aunque sea excesivo llamarlo "Afrosemitisch" con O. Rössler.

La interpretación de ib. **-en** (p. 62 ss.) tiene todas las trazas de ser correcta, aunque no lo sean todos sus apoyos comparativos. Como señala Schmoll, los "genitivos" en **-n**, como los en **-s**, son demasiado corrientes para que se pueda excluir la pura coincidencia casual. En todo caso, conviene subrayar que vasc. **-en** no es un suf. de genitivo en el mismo sentido que gr. **-os** (o que sem. **-i**): es, como **-ko**, un suf. de derivación, que forma temas nominales a partir de nombres o de formas verbales finitas.

Es posible que, en cuestiones comparativas, el desacuerdo entre el autor y el que esto escribe esté basado en diferencias de principio. Para

Tovar (p. 64), el parentesco vasco-ibérico (y posiblemente el ibero-líbico) "pertenece a un tipo proto-histórico completamente diverso del parentesco posterior entre miembros de una familia genealógica, resultado de la expansión de un dialecto más o menos viario, que forman los grandes troncos lingüísticos que han ocupado el viejo continente". Para mí, los tipos de relación entre lenguas son en esencia los mismos en periodos prehistóricos y en épocas plenamente históricas: sólo que hoy nos es mucho más difícil, si no del todo imposible, determinar en qué consistieron aquéllas. Busquemos un ejemplo gráfico. No le parece verosímil al autor que el vascuence tuviera una g. an extensión en época antigua (p. 127): "Hay que recordar que en una forma de vida más primitiva, como era la de Occidente antes de su indoeuropeización, las lenguas no tenían gran extensión geográfica ni formaban las áreas cerradas e impenetrables de las naciones modernas o de fuertes unidades políticas como la del Imperio Romano en su mitad occidental." Esto, no obstante, no excluye que se propagaran ampliamente no lenguas normalizadas y unificadas, sino dialectos emparentados, incluso muy estrechamente emparentados. ¿Qué otra cosa es la expansión de las lenguas indoeuropeas muy antes de la fundación de imperios como el persa y el romano? Fuera de Europa no es distinto el caso de las lenguas de las familias athapaska o algonquina o, en América del Sur, como indica el mismo Tovar, el de los dialectos del grupo arawak, del caribe o del tupí-guaraní. En el Oriente próximo, por otro lado, la convivencia de "naciones" y por lo tanto de lenguas en un mismo espacio es algo completamente histórico, y hasta reciente.

Es imposible en una reseña señalar todos los aspectos importantes de un libro como éste, y mucho menos discutirlos. Añadiré, con todo, algunas observaciones incidentales sobre puntos concretos.

Sin entrar en la eterna discusión sobre **cutua teistea** (p. 62), el casi tristemente famoso letrero de Liria, diré que resulta extremadamente improbable que vasco. **gudu** ("combate" y no "guerra") sea de origen germánico. Son rarísimas —si alguna existe— las voces que el vasco ha tomado del germánico sin mediación latina o romance; no hay aquí además rastro de \***gund-**, que es lo que debía encontrarse. Cf. Schmoll, p. 3, nota 2. No hay la menor razón histórica para que un préstamo del germánico tenga esa procedencia dialectal.

Una coincidencia ibero-aquitana importante es la señalada por Lafon, **Bulletin de la Société Archéologique de Gers**, 1959: aquit. **Talsco**, ib. **-talsco** en uno o dos ejemplos, **talscu(bilos)** en Enserune, cf. además aquit. **Talseia**, ib. **(Tautin)dals**, ya apuntado por Schuchardt.

El análisis de vasco. **Miquel-ar-en-na** (p. 63) no es seguro: tratándose de un nombre propio, parece sobrar el artículo.

En cuanto a la terminación **-(s)cen** en monedas (p. 66 s.), la idea de que **unticescen** p. ej. signifique "de los de Indica" **uel sim.**, encuentra su principal apoyo en el modelo de las monedas de las colonias griegas que muestran un gen. de pl. Tiene, en otras palabras, una base puramente combinatoria en el "método de los textos paralelos" (vid., entre otros, M. Pallotino, **Archiv Orientalni** 18, 162). No es menester sacar de ahí conclusiones comparativas: creo, con Tovar, que la distinción de número en los nombres era rudimentaria en vasco ant. y que sólo en solidaridad con la determinación se estableció después en la forma en que la conocemos.

Cómo se expresaban estas y otras categorías en ibérico, o si se expresaban siquiera, es algo que todavía no se sabe con seguridad.

Para disculparme de un pecado de juventud, mi interpretación del texto de la pátera de Tivisa (p. 68), puedo alegar la intención, expresada en el artículo, con que fue cometido. La proponía como una mera posibilidad, que debía ser confirmada por hechos convergentes. Como éstos no parecen existir, deberá quedar en un simple juego, más o menos ingenioso.

En el cuadro del sistema consonántico del celtibérico que se da siguiendo a Lejeune en la p. 79 hay una errata, la única de alguna monta que he observado en el libro: **p** debe suprimirse, siguiendo al texto de **ELH**. Conviene señalar aquí que empieza a considerarse mucho menos importante para la distinción de los dialectos célticos la conservación de **q** o su paso a **p**, "a much overemphasized isogloss" según E. P. Hamp, *Lochlann* 1, 211: tras la confusión, celta común, de **b** con la labiovelar sonora, la realización del fonema sordo como labiovelar o como velar **a** secas tenía que ser cuestión de variantes fonéticas.

Son muchísimos los que no admiten (p. 80) que la pérdida, celta común, de \***p** se relacione con la lenición, que afecta a la totalidad de las consonantes: la primera parece mucho más antigua que la segunda.

Tanto Lejeune (p. 60) como Schmoll (p. 39, n. 2) coinciden en ver en **caruo** el sust. "tessera" y en **cortica** el adj. "hospitalis" y no parece que anden descaminados.

No es agradable hablar de imposibilidades, pero lo más parecido a una evolución fenéticamente imposible es que en suelo vasco el nombre de río **Oria** sea el continuador de \***Aturia**, como quiere Pokorny (p. 11, n. 16), aunque en otra zona **Este** pueda venir de **Ateste** p. ej. El pasaje de Mela (III, 15) no puede confirmar nada en el estado en que está.

Lo que llevo dicho, en la medida en que manifiesta disconformidad, afecta sólo a problemas marginales. El hecho escueto es que el libro que reseño está destinado a no alejarse de las manos de cuantos ya se interesaban por estas intrincadas cuestiones. ¡Ojalá consiga además, como merece, ganar nuevas colaboraciones para estos estudios! Abundancia y pureza de información, penetración y claridad son cualidades que lo distinguen de un extremo a otro.

La documentación gráfica —al igual que la de los artículos de **ELH**— es copiosa y de excelente calidad. La impresión es tan cuidada como corresponde a un libro de esta talla.

L. M.

JOSE MIGUEL DE BARANDIARAN. *El Castro de Inchur*. Publicaciones de la Excm. Diputación Provincial de Guipúzcoa. San Sebastián, 1961.

Cuando en 1954 puso el Profesor García Bellido su planta en las alturas de Inchur, aseguró que nos encontrábamos en presencia de un castro prerromano. A sentar esa tan categórica afirmación le conducía su ya larga contemplación de ese género de fortificaciones conjugada con la abundancia de citas de los historiógrafos antiguos contraídas, sin embargo, a la presunta naturaleza romana de las mismas.

Pero, aunque la elemental prospección de entonces indicaba lo que después se habría de hallar y prejuzgaba en cierto modo sus características, eso no podía ser base segura mientras no se realizase una exploración a fondo que es la que acaba de ser realizada por el Instituto —mejor que Grupo— Aranzadi, bajo la experta dirección de don José Miguel de Barandiarán.

El empeño no se presentaba nada fácil, dada la extensa longitud lineal del recinto. Pero eso no podía intimidar a los animosos miembros de "Aranzadi" entre quienes ha encontrado Barandiarán a sus colaboradores de ahora: Ondarra, Pérez Ojer, Barandiarán, Gorria, Ugarte y Fernández García de Diego. Gracias a la labor de ese equipo tan bien dirigido, se han puesto al descubierto trozos de murallas y plantas de cabañas, aparte de los fosos y rizamientos aparentes a simple vista. Todo eso aparece representado en el libro que se acaba de publicar bajo los auspicios de la Diputación, con una ilustración gráfica completa que se corona con un espléndido plano general dotado de curvas de nivel distanciadas a sólo un metro y realizado por el topógrafo Artola.

La remota antigüedad de las fortificaciones aparentes de Inchur se hallaba por lo demás sobrepasada en el tiempo, como lo dejan ver el folklore recogido y algunos hallazgos materiales entre los que cuenta, por ejemplo, el de una lasca de sílex que en el año citado de 1954 halló Manuel Laborde a flor de tierra.

La conclusión deducida por un científico tan cauto en sus afirmaciones, como es el que debería figurar al frente de un instituto oficial de prehistoria guipuzcoana, es que nos hallamos ante "restos de un sistema defensivo de la población indígena que puede datar del siglo IV antes de J. C."

F. A.

*ANDRE MARTINET. Eléments de linguistique générale.* Collection Armand Colin. París, 1960.

André Martinet es, huelga decirlo, uno de los grandes maestros de la lingüística de hoy. Esto basta para indicar la importancia de la publicación de este manual de lingüística general.

No es éste un libro ameno que colecciona para deleite del lector curiosidades varias y detalles pintorescos sobre el lenguaje y las lenguas, sino un tratado sistemático que expone en forma bien trabada todos los aspectos básicos del tema. Es, por otra parte, un libro que vale tanto para los lingüistas como para los profanos. No estaría de más que algunos de éstos —entre los muchos que gustan de tocar cuestiones lingüísticas— lo leyeran. La experiencia me ha demostrado, en efecto, que no existe materia sobre la cual tengan ideas más descabelladas las personas cultas que la del lenguaje. La razón es clara: no todos creemos ser entendidos en terminología, pero todos creemos saber muy bien (¿cómo no?) lo que es una lengua. Una exposición de suma claridad, en estilo siempre animado, y abundantes ejemplos, para los que se recurre al francés siempre que esto es posible, hace que aun el lector no iniciado pueda seguir sin grandes dificultades el texto, aunque no siempre sea capaz de advertir todas las implicaciones de lo que lee.

Un lingüista halla en el libro un cuerpo de doctrina muy coherente, de tono personal y al mismo tiempo moderado y comprensivo, dentro naturalmente de lo que se suele llamar estructuralismo, nombre común que encubre corrientes muy diversas. El autor afirma, sin faltar en lo más mínimo a la verdad, que su posición se caracteriza por una mayor atención a la realidad y por un mínimo de formalismo y de apriorismo. De su realismo, de su concentración en lo que es de interés para la lingüística, da fe, entre otros muchos pasajes, la parte (p. 187 ss.) dedicada a la teoría de la información.

Los primeros capítulos ("La lingüística, el lenguaje y la lengua", "La descripción de las lenguas" y "El análisis fonológico") exponen principios y métodos que, si no son universalmente recibidos, gozan, por lo menos, de muy amplia aceptación. El capítulo 5.º, "La variedad de los idiomas y de los usos lingüísticos", trata con amplitud, dentro de su concisión, de los fenómenos de interferencia entre lenguas en contacto. El último, "La evolución de las lenguas", es el que se puede esperar del hombre que más que otro ha hecho de la fonología diacrónica lo que es hoy en día.

La parte más personal del libro, es decir, la de mayor novedad, es el cap. 4.º, consagrado al análisis de las unidades significativas. La complejidad de los hechos, puesto que se trata de unidades de dos vertientes, y la multiplicidad de las prácticas, que se escalonan desde la gramática escolar hasta las orgías del formalismo más desenfrenado, le han obligado a escoger un sendero propio que puede llevar —lo esperamos y lo deseamos— a sólidos resultados. Era inevitable también, como siempre que las divergencias de léxico son grandes, que tuviera que recurrir a una terminología no siempre corriente.

No creo equivocarme al pensar, desde que leí su artículo en **Word** 16, 1 ss., que el prof. Martinet se siente tentado de abordar una de las cuestiones lingüísticas más difíciles, la de la clasificación o caracterización tipológica de las lenguas, y de abordarla por cierto con métodos diametralmente opuestos a los cuantitativos de Greenberg. Quien ha llevado orden y claridad a tantos problemas puede hacer mucho incluso en un campo donde los fracasos son casi tan numerosos como las tentativas.

No tengo gran cosa que decir sobre puntos concretos de este tratado. Me inclinaría a pensar, con todo, basado en información de segunda mano, que hoy el lenguaje de los animales no sería para todos mera "invención de los fabulistas" (p. 10): el "lenguaje" de las abejas parece ser algo más que una hipótesis.

El autor señala con razón (p. 40 s.) que ningún formalista se ha atrevido todavía a analizar y describir una lengua que no comprendiera en absoluto. Sin embargo, hay lenguas así que debieran ser su campo predilecto, como el ibérico por ejemplo, que, al no ser entendidas por nadie, tendrían que inducirles a aplicar sus métodos. Claro que siempre pueden excusarse alegando, no sin verdad, que el **corpus** disponible es insuficiente.

¿No se podría reservar "diglosia" (p. 149 s.) para el caso en que las dos formas, alta y baja, son sentidas como variedades de una misma lengua, que pueden admitir aún grados intermedios? Sería el caso del árabe literal y vulgar, del latín y el romance en algunos siglos de la Edad Media, del griego moderno "puro" y "popular", etc. No puedo consultar ahora el



artículo de Charles A. Ferguson en *Word* 15, 325 ss., pero creo recordar que empleaba el término en ese sentido.

Añadiré, para terminar, que las referencias a la lengua vasca contenidas en el libro son siempre exactas y penetrantes: la concordancia en caso de nombre y verbo (p. 120), la falta de orientación del predicado (p. 127). También era exacta la interpretación de vasc. **-ko** incluida en el curso multicopiado que ha servido de base a este libro. La copio aquí, porque ha desaparecido de la versión definitiva: "Esto hace que sean de esperar situaciones lingüísticas en las cuales se pueda dudar en clasificar un monema entre los afijos o entre los elementos propiamente gramaticales que son los indicadores de función; en vasco, el monema **-ko** podría ser identificado como indicador de función con valor de "genitivo" si no se comportara también como un afijo a causa de que el sintagma en **-ko**, **etxe-ko** "de casa" por ejemplo, puede combinarse con las mismas modalidades y los mismos indicadores de función que el simple correspondiente **etxe** "casa": **etxe-ko-ar-i** "al de la casa" como **etxe-ar-i** "a la casa" con la modalidad "definido" **-ar-** y el monema funcional de dativo **-i**."

L. M.

EMILIO ALARGOS LLORACH. *Fonología española*. 3.<sup>a</sup> ed. aumentada y revisada. Editorial Gredos, Madrid, 1961.

El merecido éxito alcanzado por este manual desde su primera aparición le ha permitido ir creciendo orgánicamente en tamaño, riqueza y ordenación interna hasta llegar a esta tercera edición que no será sin duda la última.

Las exposiciones del prof. Alarcos Llorach se caracterizan siempre por una concisa precisión y por una brillantez muy personal de estilo, cualidades no siempre bien avenidas, que en este libro saltan a la vista tanto por lo menos como en cualquier otro trabajo suyo. Su información es siempre sólida y amplia, y está además perfectamente al día, por lo que el lector puede tener la seguridad de encontrar noticia y orientación de los últimos desarrollos de la disciplina, entendida en su sentido más lato. Su dominio de la base fonética, articulatoria y acústica, de los problemas fonológicos le obliga a ceñirse con todo rigor a la multiplicidad de los hechos, no pocas veces molesta, sin perderse en la construcción de esquemas teóricos mal ajustados a los datos.

Este respeto a la realidad va unido, por otra parte, a una rara capacidad de remontarse a las cuestiones generales, a los principios mismos de la lingüística, siempre en cuanto ciencia —no filosofía— del lenguaje. Véase, por ejemplo, entre muchos otros pasajes que se podrían citar, el magnífico cap. VIII dedicado a las bases de la fonología diacrónica, a cuyo final se encuentra una justísima crítica de los procedimientos corrientes entre muchos dialectólogos que terminará por encontrar eco entre nosotros, al menos en las nuevas generaciones.

El autor no se contenta con presentar al estudioso una información amplia y variada, pero dispersa y mal trabada: tiene, muy al contrario, un don realmente extraordinario para ordenar los materiales y ofrecer síntesis acabadas. Por eso se le ha reprochado, como él mismo señala en la "Advertencia", una actitud conciliadora que le lleva a favorecer el sincre-

tismo de doctrinas que no siempre se compadecen bien entre sí. Esta inclinación armónica —que, a mi entender, va más bien atenuándose a través de las sucesivas ediciones de este manual: ésta, para citar un caso, es bastante menos binarista que la primera— es natural que se manifieste más en la primera parte del libro, la consagrada a la fonología sincrónica, que, dentro de un color decididamente europeo y poco americano, oscila a veces entre Praga, su foco principal, y Copenhague. Pero las razones, de orden sobre todo didáctico, con que el autor defiende su postura son dignas de la mayor atención.

El libro comprende una "Fonología general" y una parte especial, "Fonología del español". Situada la fonología en su relación con otras disciplinas, se estudia detenidamente en seis capítulos la fonología sincrónica y a continuación en otro, como ya se ha indicado, la diacrónica. En la segunda parte se nos da la fonología sincrónica y diacrónica del español, aspecto este último en el que el autor resume en buena parte los resultados de sus propias investigaciones. La exposición que nos lleva desde el latín hasta el andaluz de hoy es clara y rica, dentro de la inevitable concisión, y en ella el autor prefiere por lo general las explicaciones internas, determinadas por el sistema, a las externas. Debo añadir que, a mi entender, sale muy airoso de la prueba práctica a que somete sus preferencias.

Naturalmente, hay puntos que seguirán siendo discutidos: muy en particular el problema de /i/ e /y/, sus variantes y posible neutralización, esa **crux** de toda descripción del sistema castellano, que admite muy distintas soluciones, aunque ninguna sea del todo satisfactoria. Algo parecido puede decirse del caso de /u/, /w/ y /gu/ (p. 157 ss.). El concepto de "latencia", a que el autor recurre varias veces, puede también ser disputado y en todo caso hay que reconocer que es de manejo bastante peligroso.

Paso a reseñar algunas observaciones de detalle que la lectura del libro me ha sugerido. "Lenguas circasianas" no es término que pueda aplicarse al conjunto formado por el abjaz, el ubyj y el adyghe: sólo el último es circasiano (fr. *tcherkesse*). La denominación correcta, y usual, es la de "lenguas caucásicas del noroeste": vid., p. ej., K. Bouda, *Introducción a la lingüística caucásica*, p. 9 ss., y *Les langues du monde*<sup>2</sup>, p. 240 ss. El sistema vocálico aquí descrito procede, creo, de Trubetzkoy, *Principes de Phonologie*, p. 102, y después se ha hablado de sistemas lineales de sólo dos grados de apertura. Cf. últimamente, para el ubyj, G. Dumézil, *BSL* 53 (1957-58), 198 ss., y la reseña de los *Etudes Oubykhs* (París, 1959) de éste por H. Vogt, *BSL* 55 (1960), sobre todo p. 241 s., donde se halla la referencia del artículo de W. S. Allen sobre el vocalismo del abaza, dialecto abjaz, famoso por el eco que ha encontrado entre los indoeuropeístas, interesados por razones bien conocidas en demostrar la posibilidad de sistemas vocálicos de extrema pobreza.

En otro sentido, es poco apropiado **lesghiés** (p. 60), que entra dentro de la terminología personal en muchos aspectos de Trubetzkoy, quien llamaba por ejemplo **langues tchéchéno-lesghiennes** al conjunto de las lenguas caucásicas septentrionales del centro y del este, donde **lesghien** se refiere naturalmente a las lenguas del Daghestan en general. Está más extendido **küri** (fr. *kurine* en la versión de Cantineau) o como quiera que deba adaptarse en nuestro caso. Cf. Bouda, *op. cit.*, p. 34 s.

En la misma pág. se sostiene con valor general que "en todos los sistemas, las dos clases de timbre extremas presentan siempre el mismo número de grados de abertura". Pero, ¿es ésta una ley universalmente válida o simplemente la expresión de un fenómeno muy general que nos gustaría ver realizado siempre? En descripciones de autores americanos se encuentran con alguna frecuencia sistemas vocálicos marcadamente asimétricos, tal vez porque huyan de ser considerados excesivamente sistemáticos si presentan esquemas más satisfactorios desde el punto de vista estético. Pero el mismo esbozo de historia del vocalismo griego antiguo de M. S. Ruipérez en *Word* 12 (1956), 67 ss., citado en la bibliografía, presenta para varios siglos sistemas defectivos en la serie posterior, y no se trata de los resultados de una reconstrucción mejor o peor fundada, sino de los hechos que los métodos filológicos mejor afinados han podido establecer. En ellos se da además la circunstancia curiosa de que las vocales largas son más numerosas que las breves, en contra de lo que ocurre generalmente. Es corriente, en efecto, tanto en fonología como en morfología, que la introducción de una marca adicional (cantidad larga, nasalidad, pluralidad, etc.) determine la disminución de las unidades que se distinguen efectivamente.

A propósito del concepto de "mutación" (p. 121 ss.), se me ocurre pensar si no resultaría útil el distinguirlo del simple cambio o mudanza, como ocurre —si no estoy equivocado— en el uso francés donde *mutation* se emplea precisamente para indicar las "series de cambios concatenados" (al. *Lautverschiebung*).

Acaso no resulte del todo acertado el par *oculu / oleu* (p. 117) para ejemplificar los conflictos que podían nacer de una confusión de los resultados de lat. *-cī-* y *-ī-*, porque la sinonimia se había evitado por otros medios en los romances hispánicos y galos: tiene sin duda razón Corominas, *DCELC* s.v. *olivo*, al ver ahí la razón de la "forme savante" que tienen casi en todas partes los continuadores de lat. *oleum*, incluso en los préstamos (irl. ant. *olae*, gal. *olew*, gót. *alew*, vasc. *orio*, etc.).

La condición enunciada en la p. 197 para las palabras que llevan acento fuera de las tres últimas sílabas ("son siempre sintagmas compuestos de dos o más *monemas*") tiene el grave inconveniente de ser necesaria, pero no suficiente. Si "monema" —según la definición de H. Frei, v. también A. Martinet, *Éléments de linguistique générale*, p. 20— es un signo mínimo que ya no es susceptible de división sin dejar de ser un signo, es decir, si es el morfema de los americanos y de bastantes europeos, entonces *lodosas*, para citar una muestra, es también un sintagma compuesto de cuatro monemas.

Los ejemplos de monoptongación de *æ* en Pompeya (p. 207), ¿son efectivamente del siglo III d. C.?

La particularidad del asturiano central, de la que ha tratado con gran agudeza y erudición D. Alonso en *ZRPh* 74 (1958) (v. aquí p. 220), plantea un curioso problema diacrónico: no se ve por qué la final de *filium*, acus. de *filius*, ha podido tener distinto tratamiento o comportamiento que la de *ferrum*, nom.-acus. Hay un hecho eslavo, que ha recibido distintas explicaciones —ninguna del todo satisfactoria—, que no deja de presentar ciertas semejanzas con él. En eslavo ant., por ejemplo, los finales *\*-os*, *\*-on* de nom. y acus. sing. de los temas en *-o* masculinos están representados por el *jer* duro, mientras que *-o* es el continuador de *\*-on*

en el nom.-acus. de los neutros: esl. ant. **rabu, selo**, ruso **ráb. seló**, etc. El nom.-acus. de los neutros en **-os / -es** es en **-o** (**nebo** "cielo", cf. gr. **néphos**, etc.), mientras que la primera pers. sing. de imperfectos y aoristos, para la cual hay que postular **\*-on**, va con los temas en **-o** masculinos.

Entre las lenguas que demuestran la conservación de la articulación velar de lat. **c, g** ante vocal anterior (p. 228), podrían citarse también las célticas: irl. **céir**, gal. **cwyr** "cera", etc.

El autor acepta decididamente (p. 245, nota) el carácter apical y no predorsal de la /s/ latina, admitido por M. Joos y A. Martinet, sobre el cual sigo teniendo serias dudas, al menos si nos referimos al latín hablado en las proximidades de los Pirineos. Aquí el testimonio vasco tiene mucho peso porque, como dice el mismo Joos (*Word* 28, 224), "we know of no other language having three phonemes ... without having either phonemic palatalization (like Polish) or a separate palatal series of consonants (like Sanskrit)". Y el hecho es que indiscutiblemente lat. **s** ha sido reproducido por la predorsal vasca en los préstamos más antiguos, hasta época bastante tardía; cf. **meza** "misa" o **mezu** "aviso" con **saindu, sandu** "santo". Y, aun concediendo que la apical vasca moderna haya podido ser por ejemplo cacuminal y por lo tanto demasiado alejada de lat. **s**, una **s** apical podía perfectamente haber sido imitada por la chicheante vasca, escrita ahora **x**, como en hispano-árabe. Que este y otros fonemas palatales vascos sean recientes me parece una hipótesis no probada y muy difícil de probar.

El testimonio más antiguo de la difusión de la pronunciación [x] en amplias zonas vascas la hallo en el P. José Moret, *Investigaciones históricas de las antigüedades del Reino de Navarra* (1665), libro 1.º, cap. V, § IV, 30: "En la lengua vascongada nada hay de gutural, y aunque en algunas regiones se les ha pegado algo de esto, de lo que el romance ha tomado de árabe, arguye no ser vicio nativo de la lengua, sino infección pegadiza del comercio, el ver que las regiones más cercanas al Pirineo de aquende y allende no lo han admitido, ni pronuncian la jota con la fuerza gutural que los árabes introdujeron en España, sino como **i blandamente**".

Veo que el autor acepta sin restricciones (p. 264 s.) una pronunciación predorso-dental, y no áptico-dental plana, como quería A. Alonso, para los fonemas escritos **ç** y **z** entre la pérdida de su oclusión y su interdentalización.

Acerca de la extensión del yeísmo, diré que he podido observar con sorpresa durante el curso pasado que alumnos de primer año del Instituto de San Sebastián, hijos de padres vascos, que han nacido y vivido aquí, confunden **ll** e **y** como cualquier muchacho madrileño.

Las erratas son rarísimas: una que he anotado es **pulus** por **pullus** en la p. 247.

El libro se recomienda a sí mismo, por lo que no tiene necesidad de los encomios de nadie, y menos de los míos. Quiero simplemente recordar su existencia al público bastante extenso que entre nosotros se interesa en cierta medida por los problemas lingüísticos. Quien quiera abordarlos desde el principio, aunque sólo sea como simple curioso, difícilmente podrá hallar un orientador mejor.

IGNACIO ELIZALDE, S. I. *San Francisco Javier en la literatura española*. Premio "Menéndez Pelayo" 1956.—Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1961.

El Padre Ignacio Elizalde estudia de modo exhaustivo la repercusión de la figura de Xavier desde el punto de vista literario, así como de sus innumerables reflejos en el teatro y la poesía. Una verdadera e intrincada selva propuesta a la investigación, aunque de primeras pueda a algunos parecer lo contrario. El tema ofrece campo amplísimo a las indagaciones y hasta para apasionantes pesquisas. Piense el lector, sin más, en el tan conocido soneto, síntesis del amor desinteresado y perfecto. "No me mueve mi Dios para quererte", atribuido casi universalmente a Xavier por la piedad popular, pero que Elizalde maduramente atribuye a un jesuita anónimo.

El libro de Elizalde, a poco de interés que el lector tenga por la figura del santo misionero navarro, se lee con el interés de una novela. El investigador, a través de su profundo estudio histórico, pinta de mano maestra verdaderos cuadros de época. Camina con seguro paso a través de los intrincados recovecos de la Universidad parisina del siglo XVI, para mejor mostrarnos las dependencias ideológicas de San Francisco Javier. El erudito libro de Elizalde vale en muchos aspectos por una biografía.

Pero este es sólo un limitado aspecto de la obra, construida con acarreo de infinidad de materiales, ensamblados por otra parte con riguroso método. El estudio de las influencias lingüísticas de Xavier a través de su vida, sobre todo las influencias latinas y portuguesas, o de sus diferentes estilos, alegres, vivos, cálidos casi siempre, reflejo de su misma alma ardorosa y alentada, resultan excelentes retratos del excepcional personaje. Ningún deseo de conocer a fondo la figura de San Francisco de Javier podrá en adelante pasarse sin el gran estudio que acaba de escribir el Padre Ignacio Elizalde.

J. A.

JOHANNES HUBSCHMID. *Substratprobleme*. Francke Verlag Bern, 1961. Tirada aparte de *Vox Romanica* 19 (1960).

Este extenso trabajo, dedicado al padre del autor, el octogenario J. U. Hubschmid, benemérito investigador del sustrato indoeuropeo en Occidente, establece, como indica el subtítulo, un cierto número de comparaciones de palabras ibero-románicas y alpino-lombardas de origen preindoeuropeo y funda en ellas un estudio detallado de algunos sufijos de derivación, también preindoeuropeos según el autor, en especial el átomo **-ano-** y los que tienen como núcleo **-s(s)-**. Partiendo de J. Jud y de V. Bertoldi, del título de cuyo famoso artículo en *BSL* 32 es traducción deliberada el que lleva el trabajo que comento, J. Hubschmid continúa aquí la lucha que desde hace años sostiene no sin fortuna en dos frentes, contra el desdén de los escépticos y contra las construcciones apresuradas de los sustratistas sin crítica.

La primera garantía indispensable contra las posibilidades de errar en un campo tan difícil la ve el autor, con plena razón, en utilizar un

material lo más abundante posible (p. 125). Y en verdad lo único que se puede decir del material que aquí aduce, como en todos sus trabajos, es que es de una riqueza sorprendente como corresponde a quien prepara un **Thesaurus Praeromanicus** exhaustivo en lo posible: series impresionantes de nombres de lugar y de persona se alinean junto a los apelativos. Además de esto, Hubschmid se esfuerza en lo posible en clasificar el material por su origen, prestando siempre atención especial a la **uexata quaestio** de la distinción de elementos indoeuropeos y preindoeuropeos. Y, por último, en el dominio tan poco estructurado del léxico, al que por necesidad tiene casi que limitar sus indagaciones, los elementos formativos, en este caso los sufijos, permiten obtener una visión en cierto modo más sistemática. Su utilización, sin embargo, me parece especialmente peligrosa y no me cabe duda de que los romanistas han de presentar serios reparos a algunos puntos de este trabajo.

Por lo que respecta a la actitud que incluso los comparatistas de más rígida observancia deben adoptar frente a este género de investigaciones, basta con recordar el precedente de Meillet. De su retención, de su escasa afición a aventurarse en problemas oscuros, siguen dando fe las discusiones —y sobre todo la falta de discusiones— etimológicas en las nuevas ediciones del **Dictionnaire étymologique de la langue latine**. Y nunca cesó en vida de expresar abiertamente sus opiniones, como en estas líneas que tomo de **BSL** 26, p. 31: "...la linguistique historique, pour ce qu'elle a d'essentiel, est fondée avant tout sur l'étude de quelques centaines de mots capitaux. C'est avec **pater** et **equus**, avec **fero** et **edo** qu'on fait la préhistoire du latin, avec **dormir** et **boire** qu'on fait la préhistoire des langues romanes, non avec les milliers de mots obscurs pour lesquels les dictionnaires étymologiques inscrivent des hypothèses plus ou moins douteuses ou invraisemblables". En cuanto a los nombres propios, sabido es que sostenía que, en sentido estricto, no tienen etimología. Y, a pesar de todo esto, la acogida que dio a los trabajos de Bertoldi fue particularmente favorable. Cabe, en efecto, atenerse a lo seguro cuando esto es posible, es decir, cuando se trata de fijar las grandes líneas de la diacronía de lenguas de parentesco bien establecido, pero no hay razón alguna para que otras cuestiones más difíciles, desgraciadamente también más numerosas, no vayan a ser estudiadas. Habrá que contar simplemente en su examen con probabilidades de acierto mucho más bajas.

Presento ahora algunas observaciones de detalle al trabajo de Hubschmid, que paradójicamente están inspiradas por una intención constructiva, aunque parezcan a menudo más destructivas que otra cosa. La crítica, como se descubrió hace ya tiempo, ayuda por lo general más a destruir que a construir y, sin embargo, no hay construcción teórica que pueda subsistir si previamente no ha sido sometida a su prueba, y, cuando no se trata de lenguas que han sido estudiadas hasta el hastío donde casi todo son habas contadas, las posibilidades de interpretación, poco exploradas, pueden ser muy diversas. Que las observaciones se hagan preferentemente desde el ángulo vasco no está demasiado en discordancia con el estudio de Hubschmid, en el que la lengua vasca ocupa una posición más bien central que marginal.

Para toda explicación del origen de vasc. **gurbi** "acerclillo", que según una adición manuscrita al ejemplar del **Diccionario** que Azkue

manejaba significa además "madroño" en Lacunza (Navarra), a-nav. **burbuz**, vizc. **gurbiza**, etc. "madroño" (y probablemente de **burgi** "ladier-na"), habrá que tener en adelante en cuenta las formas asturianas y leonesas que Hubschmid compara en la p. 128: ast. **gurbietanos** "Wald-erdbeeren" y, con significación más divergente, ast. **gorbices** "brezos", etc. La etimología de Schuchardt, aceptada por Bouda y Baumgartl (cf. p. 171), lat. **arbuteus** "(de) madroño", tropieza con dificultades formales bien difíciles de salvar. Se esperaría, en efecto, algo así como **\*\*arbutz(u)**, y habría que explicar **gurbí** como una formación regresiva.

Al hablar de ast. **cádava** "tronco de tojo chamuscado", etc. (hisp. **\*kataba**), p. 131, el autor no cita, sin duda por brevedad, el vizc. **atapa**, -e "musgo o árgoma con que se cubre la pila de leña destinada a carbón", introducido en **Sardische Studien**, p. 29 ss., en una comparación que le parecía "irreprochable en todos los conceptos". Es muy posible, con todo, que en **atapa** no haya la menor referencia al material (es decir, al musgo o árgoma), sino al uso a que ese material está destinado. En otras palabras, su origen puede estar en el verbo románico **tapar**, **atapar**, como acaso sospechara Azkue quien, como solía hacer en tales casos, substituyó **tapar** por **cubrir** en su definición.

Vasc. **(k)ota** "paraje en que se recogen las gallinas, percha en que se posan", "secadero de quesos, frutos, junto al hogar", "pajar", queda convincentemente relacionado con una amplia familia de voces en dialectos románicos (p. 155 ss.).

A propósito de la familia de preindoeur. **\*kal-** "Strunk, Stengel, etc." (158 ss. y 249 s.), se puede pensar en relacionar con ella el guip. y vizc. **gara** "escapo, bohordo" "punta de leña", etc. cf. land. **cale** "souche d'arbre". Este es el primer elemento del compuesto vizc. **garaunak**, **garoñak**, **garunak**, **karaunak** "sesos" (cf. vizc. un "tuétano") que, a pesar del embrollo fraguado por Schuchardt en **Baskisch und Romanisch**, nada tiene que ver en cuanto al origen con **garau(n)**, **karaun**, **krau** "grano".

Son altamente valiosos y sugestivos los materiales que Hubschmid ha reunido (p. 166 ss.) como continuadores de prerrom. **\*narba**. El testimonio del alav. **narvisuchi** "aro, culebreña" puede con todo no ser tan probativo como parece. En un compuesto vasco oscurecido por el cambio de lengua pueden esperarse deformaciones bastante grandes, y no me parece imposible que, de una u otra manera, entre en él vasco. **arbi** "nabo" como primer elemento. En cuanto a **Narbo** (p. 168), merece señalarse que la leyenda ibérica de las monedas de aquella ciudad reza **neron** y **neroncen**, con e en la primera sílaba.

Sin entrar en el fondo de las relaciones entre lat. **arista** y vasco. **(h)ari** (p. 175), el sul. **arazka** "agramiza, residuos del lino" tiene muy poco peso. Aun suponiendo que sea enteramente correcto, es inseparable de **azia** "residuo sin utilidad que se quita al lino al agramar", como lo define J. B. Althabe, **RIEV** 5 (1911), 596, **ahazta**, **alasta**, **aleza** en Arcaquistáin "primeramente significa el despojo del lino" (del cual procede sin duda, por error, el a-nav. **aletza** en Azkue), **aresta**, todos de igual valor y procedentes sin discusión del lat. **arista** **\*aresta**. La formación del guip. de Echarri Aranaz **aziar** "tomento, estopa basta llena de pajas y aristas" (y de guip. **abastar** "agramiza") queda clara gracias al compuesto transparente **arestabar** "agramiza" en guip. de Berástegui.

Tiene toda la razón el autor al creer que la inicial de **patan** "menta" puede ser secundaria en relación con **batan** id. p. 176). El arratiano Añibarro no tiene más que **batana** (y **menda**) como traducción de "mentha, yerva buena". No se puede aducir, sin embargo, el "labortano" **kandan** (**kandana** en Azkue) "madroño" en apoyo de **batan**, porque **kandan**, según toda probabilidad, no existe ni ha existido nunca. Se trata simplemente de un error de lectura o más bien de copia de **caudaná** "madroño, árbol" y "madroño, su fruto" (**caudanaga** "madroñal") en Larramendi, nombre correctamente reproducido por Aizquibel y Lacoizqueta. Más todavía, el mismo **kaudan(a)** es extremadamente sospechoso, puesto que no hay fuente independiente que lo corrobore. Lacoizqueta, p. 113, lo toma de Larramendi y añade lo que conoce por propia noticia: "en esta comarca **animania**, y en Labortano **aniamania**, ... **burbuza** en las Cinco Villas". No puede, pues, ni mucho menos, descartarse la sospecha de que Larramendi, en un momento en que sus conocimientos le fallaban, recurriese como tantas veces a su fértil imaginación en vez de iniciar una encuesta, siempre más molesta.

La alternancia gráfica **-s(s) / -st** que se observa en nombres propios aquitanos, aragoneses, etc. y que no deja de tener reflejos reales en la pronunciación en algunos casos (p. 176 s.), difícilmente puede explicarse a mi entender, al menos en la zona pirenaica, con la admisión de sufijos distitos, aunque unos sean ampliación de otros, y menos todavía admitiendo sufijos independientes. En aquitano, sonidos que carecían de correspondencia en latín pudieron muy bien dar origen a distintas notaciones. Porque, en contra de lo que sostiene el autor (p. 258), la opinión más general es que aquit. **x(s)** (y a veces **ss**) representaba sibilantes africadas.

**Itolaza** es difícil de explicar por **itil** "charco", palabra mal atestiguada, según la opinión que el autor toma —si no me equivoco— del Sr. Arin Dorronsoro (p. 178). Lo natural es pensar en **idi** "buey", en composición **it-**, en vista del paralelo **Betolaza**, de **be(h)i** "vaca", en composición **bet-**. Ese topónimo, dicho sea de paso, se documenta ya en los siglos XIII-XIV: "En Ataun... el maçnedo **Ditolatça**", es decir, "de Itolatça (J. M.<sup>a</sup> Lacarra, **Vasconia medieval**, p. 42).

Por lo que hace a las lenguas de Anatolia, es poco decir que un sufijo en **s(s)** indicando la pertenencia aparece en algunos apelativos (p. 245). Un suf. **-assi-**, que indica la relación, hace las veces de genitivo en luvita cuneiforme (E. Laroche, **Dictionnaire de la langue louvite**, París 1959, p. 136 y 139), incluso con temas demostrativos (**zassi-** "de éste"), y el suf. tiene continuación en jeroglífico y en licio (B **-esi**, **-asi**, A **-ehi**, **-ahi**), como prueba en detalle E. Laroche, **BSL** 55 (1960), 155-185. El mismo hitita tiene formaciones en **-assa-**, con correspondencia en luvita y licio, si no son de origen luvita, como quiere J. Friedrich, **Hethitisches Elementarbuch**<sup>2</sup> I, p. 42. Hay bastantes especialistas, sin embargo, que atribuyen procedencia indoeuropea a **-assi-**, **-assa-**, aunque esto está lejos de ser seguro, en relación por ejemplo con lat. **-āri-**, **-ārio-** (cf. umbro **sesentasiaru**, lat. **sextentariarum**). Otra cuestión es la del oscuro **-zi** que forma étnicos en licio: **Spartazi** "espartano", etc.

Si el valor "horno" estuviera asegurado para **\*taba** (p. 245), no sería imposible extender la comparación al vasc. **labe** id. (vizc. **laba** es, al parecer, secundario), basándose en ejemplos como vasc. **leka** < **theca**.



El continuador moderno de **Carasa** (p. 260 s.), parece ser más bien **Garazi**, el nombre vasco del país de Cize. El problema está en que resulta difícil, si no imposible, derivar **Garazi** y **Cize** de una fuente común.

**Sagasset** en Navarra (p. 261, n. 4) podría también proceder de **sagats**, **sa(h)ats** "sauce".

Una objeción que puede hacerse a la explicación de **Izanoz** cerca de Sangüesa por el antropónimo **Izan(i)** es que éste, a lo que se me alcanza, era muy poco corriente en Navarra, al contrario de lo que ocurre en la Rioja y Castilla: creo que el medieval **Izahuri** en la Rioja puede muy bien ser el paralelo vasco de **Villahizán** y **Villahizán de Treviño** en la provincia de Burgos. Temo ser inexacto, pero creo recordar que en algún trabajo de Menéndez Pidal que no hallo a la mano, se atribuye origen árabe a **Izani**. Es una posibilidad que habrá que tener en cuenta.

Y, ya que hemos mencionado a Menéndez Pidal, el autor ha descuidado mencionar su explicación de **Vinuesa** en Soria por **Venusia**, el nombre de la patria de Horacio. Cf. últimamente **Enc. Ling. Hisp.** I, p. LX.

El vasc. **ongo** (p. 273) es en realidad **ongoa** y está formado por el suf. **-goa**, que sólo muestra la variante **-koa** tras oclusiva o sibilante: **aha(i)koa** "parentela, parentesco" < **\*ahaid(e)-goa**, **abenikoa** "avenencia" < **\*abenit(u)-goa**, etc. La forma vasca correcta de **Gallués**, la que se emplea en todo el valle de Salazar, es **Galoze**. **Gallotze** no es más que una mixtificación pseudo-vasca.

En el antr. **Nonnusso** (p. 278) no hay un suf. **-uss-**, sino **-s(s)o**, porque **u** pertenece al tema: cf. **Nuño**, etc.

La etimología de **Subiza** (p. 279 s.), que el autor toma de Luchaire, presenta una sola dificultad, pero muy grave: "puente" es siempre **zubi**, y habría que encontrar paralelos para el cambio de sibilante.

A **Otobesa-** (p. 280) corresponden **otobeſcen** en monedas ibéricas. V. Tovar, **Léxico de las inscripciones ibéricas**, s. v., y la bibliografía allí citada.

El nombre medieval de mujer **Onneca** (p. 292) presenta la particularidad de no tener contrapartida masculina y lo mismo ocurre, al revés, con el nombre de varón **Enneco**, de configuración no del todo distinta. ¿No podría haber un lazo estrecho entre los dos?

La relación entre vasc. **(h)on** y lat. **bonus** (p. 292, n. 7) es difícil de admitir, porque —aparte de dificultades de otro orden— ese tipo de adaptación, con la pérdida de la vocal final del tema latino, carece de precedentes en préstamos de esa época: algo por el estilo habría sin embargo que admitir para vasco **(h)artz** "oso", si es de origen indoeuropeo, y digo indoeuropeo y no céltico. Además, a juzgar por las inscripciones aquitanas, el préstamo se remonta casi a los comienzos de las relaciones euskaro-romanas y parece extraño que un adjetivo de tipo tan común haya sido introducido tan pronto en la totalidad del área de habla vasca. Hablar de una "aportación italo-céltica", con Gavel, no puede hacerse más que por inadvertencia, porque lat. **duenos** no es ninguna construcción de los comparatistas. Por otra parte, si aquit. **bon-**, **-bon(n)** tiene un continuador en el vasc. moderno, difícilmente puede éste ser otro que **(h)on**: adviértase que **bo-** es un grupo que, salvo en

**bor(t)z / bost** "cinco", apenas se halla en inicial de voces vascas antiguas y hay indicios de que en ibérico **bo** pudo pasar también a **o**. Claro que no puede excluirse la posibilidad de que la semejanza entre **bonus** y **(h)on**, y con mayor razón la que se halla entre **(h)on** y aquit. **bon-** puesto que poco o nada sabemos del sentido de éste, sea casualidad pura y simple. No sería más sorprendente que la que hay entre arm. **čar** "malo" y vasc. **txar** que vale aproximadamente lo mismo.

Termino aquí, y a desgana, la exposición de las observaciones, no siempre pertinentes, que me sugiere la lectura de este importante trabajo que, entre otros muchos aspectos, constituye una valiosa aportación para elucidar los problemas de la onomástica pirenaica. El lector ve con satisfacción que los trabajos de Hubschmid van ganando de día en día, no sólo en riqueza de materiales, sino también en su ordenación y sistematización.

L. M.

ANTONIO TOVAR. *Catálogo de las lenguas de América del Sur*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1961.

No puedo hacer más que dar una simple noticia de esta última obra del prof. Tovar, cuya importancia y utilidad salta bien a la vista, incluso para un profano como yo.

La América del Sur, en el sentido amplio en que aquí se entiende (p. 8 s.), constituye en efecto uno de los grandes espacios por explorados en el mapa lingüístico del mundo. Lo que en bastantes casos se conocen son sólo nombres de lenguas o grupos humanos vagamente localizados, y no siempre se refiere cada nombre a una única entidad. La exploración y el estudio sistemático de las lenguas indígenas que se vienen realizando en los últimos tiempos en América del Norte —y empezando algo más tarde, en Méjico y sus proximidades— no se han extendido todavía a la parte Sur del Nuevo Continente, aunque se puede vaticinar sin temor a equivocarse que no tardarán en hacerlo.

Para ello será un guía indispensable este libro de Tovar. Su núcleo lo constituye una copiosísima bibliografía en la cual se basa y a la cual remite continuamente el catálogo de las lenguas. La clasificación de éstas se hace en buena parte con criterios geográficos, no sólo por preferencias teóricas del autor, quien también agrupa familias en el sentido genealógico de la palabra cuando esto es posible (arawak, caribe, etc), sino también y sobre todo por necesidades prácticas. Junto a las discusiones sobre nombres, localización, número de hablantes (las lenguas desaparecidas, conocidas o no, son naturalmente muchísimas), etc., el autor nos da a veces descripciones brevísimas pero sustanciosas de algunas lenguas representativas.

Dos capítulos, extremadamente interesantes, nos ofrecen el uno un ensayo de tipología, más bien impresionista, como no podía menos de suceder, y el otro, titulado "El español y el portugués de América del Sur", un estudio sobre contacto de lenguas. Este contiene un esbozo histórico de la política lingüística de España en las Indias, y del papel que desempeñaron y desempeñan las "lenguas generales" (quechua, guaraní) como escalón intermedio entre las lenguas locales y las europeas.

Con la publicación de esta obra el autor se ha ganado un puesto destacado en la gran línea española, de la que se siente tan justamente orgulloso, de los misioneros y Hervás. La impresión del libro —con un magnífico mapa general y varios parciales, fotografías de lingüistas y etnógrafos y un índice de unos 2.000 nombres— es impecable.

Bien merece ser consultado y leído por cuantos se interesan por aquellos países que nos son tan familiares en cierto modo, pero tan mal conocidos por lo general en el aspecto que aquí nos ocupa.

**L. M.**